

2003  
2011



ÁNGELES ESCRIVÁ  
Periodista

## Un final agridulce

**L**A era antiterrorista del presidente **Zapatero** nació bajo el influjo de la teoría sobre la ética de la responsabilidad de **Max Weber**. O, más exactamente, sobre la interpretación que de ella se hizo desde el Gobierno y desde un caserío de Elgoibar, el Txillarre, al que el presidente del PSE, **Jesús Eguiguren**, acudía para intentar resolver “el conflicto”, según su controvertido saber y entender.

En palabras del propio presidente: “Mi principio ético era agotar hasta el último suspiro para evitar que hubiera más víctimas”. Como fuera. Aunque eso significase saltarse muchas de las líneas rojas establecidas hasta el momento. En el román paladino empleado por el socialista vasco, urdidor originario de la siguiente historia: “Hay ámbitos en los que ética y política son incompatibles”; “la afirmación de que, de lo bueno sólo puede resultar el bien y de lo malo el mal, es una proposición falsa y quien no vea esto es un niño políticamente hablando. Lo que hay que conseguir es que no haya ni un muerto más”. Y después: “Hay veces que con memoria no pueden superarse las secuelas de las guerras”.

Así, efectivamente, al final del Gobierno de Rodríguez Zapatero, ETA anunció el “cese definitivo de las acciones armadas”, pero no se produjo su derrota, circunstancia para la que se había estado trabajando hasta ese momento, sino que se dio prioridad a los aspectos prácticos y a una idea de la concordia que implicó una cantidad de cesiones por parte de los demócratas que, probablemente, podían haberse evitado.

Cuando los socialistas accedieron al poder, tras el periodo

ejecutivo de **José María Aznar**, ETA se encontraba en franca e irreversible decadencia como consecuencia del cambio de la estrategia antiterrorista experimentado tras el fracaso de la tregua trampa de 1998 y el primer asesinato, el del militar **Pedro Antonio Blanco**. ETA dejó de ser considerada sólo los comandos y todo —los cambios en las leyes, el trabajo internacional y policial—, estuvo dirigido a combatirla en todos los frentes hasta modificar —y probablemente ese fue el logro más importante de aquella época— la perspectiva que la mayor parte de la opinión pública tenía del problema. Quedaron arrumbados los complejos de una sociedad procedente del franquismo, timorata ante la adopción de unas medidas perfectamente democráticas, y se logró acabar con la leyenda del llamado *empate infinito*, aquel por el que ETA no podía ser derrotada y la única salida era sentarse a negociar.

Hubo varios elementos que se cruzaron empujando en la nueva dirección. Algunos, internos, fundamentales y conscientes como el pacto antiterrorista firmado por el PP y el PSOE. Otros terribles, tangenciales pero determinantes, como los atentados contra las Torres Gemelas, que hicieron que la comunidad internacional se mostrara más receptiva a la hora de penalizar y luchar contra cualquier tipo de terrorismo; y el tremendo atentado del 11-M que paralizó, literalmente, a ETA, que no se veía capaz de soportar las consecuencias contraproducentes de un acto que superase dicha atrocidad.

Expertos policiales de mucha autoridad aconsejaron entonces perseverancia, convencidos de que era cuestión de



tres o cuatro años el derrumbe definitivo de los violentos machacados y ante la evidencia de que no iban a estar en las siguientes elecciones, ni en las siguientes, ni en las de 2007... Pero el Gobierno que salió de las urnas de marzo de 2004, obviando el hecho de que toda negociación anterior había fracasado y había servido para que ETA adquiriese entidad de interlocutor, y que el cierre de esa puerta había resultado enormemente eficaz, decidió intentarlo de nuevo, precisamente porque las condiciones habían cambiado.

Eguiguren llevaba a esas alturas cuatro años reuniéndose con los ahogados dirigentes de Batasuna, encabezados por **Arnaldo Otegi**, en un caserío de Elgoibar. Lo que él quiso definir como conversaciones informales, adquirieron de inmediato una nueva dimensión cuando el dirigente vasco comunicó sus gestiones al presidente Zapatero y este les dio el visto bueno. Sus tanteos habían llevado a que, poco antes, el Comité Ejecutivo de ETA, en una reunión encabezada por *Antza* y *Anboto* decidiera dialogar con los socialistas (*gorris*) aunque en aquellos momentos nada hacía previsible que pudieran alcanzar el poder.

Durante ese tiempo, durante esos cuatro años de cenas, vino y campechanía, se había hablado de todo en el Txillarre, desde la salida de los presos o la relegalización de Batasuna hasta el modo de dar una respuesta a aquellos que, en palabras de Eguiguren, “no se sentían identificados ni incluidos en los actuales planteamientos democráticos”. Desde un punto de vista estricto, se había vulnerado el pacto antiterrorista que en uno de sus principales artículos señalaba que

no se iba a abordar ningún asunto del carácter que fuera ni con los violentos ni con quienes no hubieren obtenido la legitimidad de la representación institucional.

Desde todos los puntos de vista, se estaba dando un giro copernicano a la lucha antiterrorista y se estaba asumiendo de forma bastante palmaria uno de los requerimientos de la izquierda abertzale como era la aplicación de la solución del conflicto irlandés al País Vasco. Incluso se pactó una *declaración* de Downing Street que el presidente realizó, en su caso, en el Congreso de los Diputados.

Y ello a pesar de que ambas situaciones no tuvieran que ver y de que **Jonathan Powell**, el principal negociador británico en aquellas negociaciones hubiese reconocido que pactaron con el IRA cuando se dieron cuenta de que no podían vencerlo operativamente. No era el caso pero aquella fue la plantilla que se utilizó, incluida —explícitamente por parte de ETA— la premisa envenenada de seguir dialogando aunque hubiese un atentado.

La intención inicial de Eguiguren había sido empezar la negociación sin cerrar acuerdos. Pactar solamente un procedimiento. Dos mesas, como pretendían los abertzales, una entre el Gobierno y ETA para negociar las llamadas *consecuencias del conflicto* —presos, huidos, *desmilitarización*—; y otra entre los partidos que estableciese unos calendarios, unos objetivos políticos que pudiesen aplacar de algún modo a la bestia. Pero la historia se complicó.

Casi desde el primero momento, el Ejecutivo, en vez de dirigir el juego, se vio metido en una carrera contrarreloj,



2003  
2011



**ÁNGELES ESCRIVÁ**  
Periodista

primero para conseguir la declaración de tregua posibilitando que la izquierda abertzale, cuando ya parecía desahuciada, continuase en el Parlamento vasco con el PCTV; y después, para intentar impedir que la amenaza latente se sustanciara.

En las reuniones en Ginebra y Oslo con *Josu Ternera* y, después, con el resto de los etarras, se habló de todo. Se comprometió a los jueces y a los policías asegurando que no iban a actuar y que se iban a prestar a aquella solución diseñada. Se abordó la relegalización de Batasuna, el asunto de los presos, la anulación de la doctrina Parot y los enviados del Gobierno admitieron, en un momento u otro, que no se buscaba la derrota de ETA y que no era realista exigir a Batasuna que condenara a la banda. En aquel tiempo, hubo atentados —rebautizados como accidentes— en los que se responsabilizó a las víctimas, se ocultó la recepción de cartas de extorsión y ni siquiera el robo de centenares de armas en Bauvert sirvió para romper aquellas conversaciones arbitradas por la Henry Dunant, una institución en la que había mediadores cuya profesión era cazar cocodrilos en las piscinas de Florida y que llegaron a advertir a los etarras que no podían apresurarse a tomar una decisión definitiva antes de obtener algo a cambio, porque habían concebido que ambas partes tenían una legitimidad similar.

Una anécdota ilustra la mentalidad con la que el primero de los negociadores se enfrentó a su misión en representación del Estado: al acabar una jornada negociadora en Oslo, Eguiguren y *Ternera* se relajaron y entablaron una conversación más personal sobre las dificultades de criar a los hijos en una

situación de conflicto. Eguiguren sugirió entonces el cambio de uno de los términos discutidos en la reunión y se encontró con la sorpresa de que el terrorista, en su papel de custodio de los intereses de ETA, se revolvió y le acusó de haber confraternizado para aprovecharse. El representante del Estado recordaría después con cierta extrañeza: “Ahí acabó nuestra amistad”.

En realidad, el proceso había estado herido de muerte desde junio, apenas tres meses después de ser iniciado, pero, tras las expectativas creadas, el Gobierno no estaba dispuesto a dejarlo escapar. Fuere como fuere. Tanto que todo se había sustanciado, entre otras cosas, en el interés de la izquierda abertzale por legalizarse, pero a esas alturas era el Ejecutivo el que estaba preocupado por si los radicales rehusaban y encontraban más rentable romper la baraja.

Un comunicado amenazante de ETA en agosto provocó la creación precipitada de la mesa de partidos en el Santuario de Loyola —PNV-PSE-Batasuna— en la que se habló de cuestiones políticas. Extraparlamentaria y con una formación ilegalizada, como interlocutora, que respondía a las órdenes de la banda. Y aun así, el sector más radical de la organización no se sintió satisfecho, acusó al Gobierno con desfachatez de incurrir en determinados “incumplimientos”, aunque los etarras se habían saltado todos sus compromisos, y preparó, primero, un atentado en Burgos que no fue ejecutado —el comando se desorientó— y luego el coche bomba de la T-4 que acabó con la vida de los ciudadanos ecuatorianos **Diego Armando Estacio** y **Carlos Alonso Palate**.



“Vete comprando corbatas negras para cada uno de los compañeros que vas a enterrar”, le había susurrado, totalmente borracho y bipolar, el jefe *Thierry* a Eguiguren en Ginebra quince días antes, en el hotel en el que se veían, de madrugada, rodeados de los miembros del servicio secreto que aguantaban estoicamente lo absurdo de la velada.

Aun así, el Sinn Feinn, los británicos, convencieron al presidente de que no rompiese el contacto y éste fue retomado. Los socialistas habían puesto encima de la mesa, en su día, la creación de una institución común compartida con capacidad ejecutiva y legislativa entre el País Vasco y Navarra, y esta propuesta volvió a desempolvase, aunque no satisfizo a los terroristas. Para salvar la situación, incluso fue legalizada la mitad de ANV *in extremis* a pocas horas de las elecciones municipales. El propio Eguiguren admitiría más tarde en privado que si los etarras hubieran aceptado, “aquello hubiese sido una catástrofe”.

Navarra fue protagonista en diferentes momentos, dado que viene incluida en la reivindicación etarra de la “territorialidad”. Antes de tratar el asunto de la institución común, el PSOE había enredado en el liderazgo del PSN para que la dirección fuese más receptiva a los nuevos planteamientos y a eventuales alianzas futuras con la izquierda abertzale. Y antes incluso, otro de los negociadores, el exfiscal **Javier Moscoso**, había sugerido en las reuniones de caserío que su hijo podía postularse a la presidencia de la Comunidad Foral para que no hubiese más inconvenientes que los imprescindibles, una vez se hubiera marcado el camino.

El fracaso de las conversaciones y, sobre todo, el primer atentado tras el fin de la tregua —el primero de 36, con 9 asesinados y 6 heridos [efectivamente Eguiguren tuvo que comprarse la corbata negra para enterrar a su amigo **Isaías Carrasco**]—, ocasionaron un nuevo cambio de estrategia. La izquierda abertzale no se libró de algunas operaciones, pero acabó estableciéndose el sistema llamado desde Interior “del palo y la zanahoria” y se decidió fortalecer a la izquierda abertzale, en su camino hacia el posibilismo, mientras se atacaba a los miembros de la banda. Los agentes de las Fuerzas de Seguridad eran tan plenamente conscientes de que eso era lo que estaba ocurriendo que ironizaban asegurando que le estaban haciendo el trabajo sucio al sector de Otegi...

La estrategia del palo generó dos batallas por el poder interno: la que mantuvieron los aparatos político y militar de ETA entre sí, que se acusaban mutuamente de incompetencia, y la de la izquierda abertzale frente la organización, al principio más sutil, al final más a la desesperada.

La campaña chusca, demostrativa de la degeneración de la banda, se mantuvo —en unos términos que harían sentir vergüenza en sus propios correligionarios—, entre *Thierry* y *Txeroki*, quienes buscando adeptos se saltaron las medidas de seguridad, condenando definitivamente las estructuras de la banda. En dos años cayeron cinco máximos dirigentes, hubo meses en los que fueron arrestados 32 etarras. “El conocimiento exacto que tiene el enemigo de la organización la ha convertido en muy previsible a la hora de actuar”, admitieron, mientras Batasuna, por primera vez, les ganaba el